



J. Derrida: La Posibilidad de la Creación

Carlos Muñoz Gutiérrez

*Ayúdame al menos a que la muerte nos llegue sólo de nosotros.
No cedas a la generalidad." J. Derrida. La Carte Postale.*

Cuando la muerte pone el fin, fin a lo que *cada vez fue único, es el fin del mundo*¹, o así mismo lo pensaba el propio Derrida, no cabe mucho más que decir que Adiós. Como el Adiós que el propio Derrida dijo ante las muertes de Levinas o de Blanchot. Adiós sin retorno, sin ninguna esperanza de reencuentro, en la implacable certeza de que no volverá jamás. Por eso con él se pierde el mundo. Y, efectivamente, no el fin de un mundo, no una interrupción momentánea de la cadena de mundos posibles, sino *"el sólo y único mundo que hace a cada ser vivo un ser vivo solo y único"*. A pesar de esta pérdida irremisible ante la que sólo cabe el adiós, Derrida sobrevivirá y nos sobrevivirá a muchos, aunque silenciamos su muerte o aceptemos su ausencia. Porque como también el nos advirtiera, *"el sobrevivir es una posibilidad diferente o ajena tanto a la muerte como a la vida."* *El Sobrevivir es un concepto originario, que no se deriva. Hay supervivencia en el momento en que hay huella*².

De lo que ha significado el pensamiento descentralizado, imaginativo, juguetón o caprichoso, siempre curioso y siempre sugerente no podré decir mucho. Para ser sincero, Derrida se me escapa entre los dedos según recorro las líneas de sus textos que nunca sé bien dónde comienzan o por qué acaban donde acaban, que no se de qué hablan o en qué se inspiran. Esos textos que arrancan de otros textos que quizá desconozco o de experiencias que no he tenido, o de tradiciones en la que no estuve inmerso. Pero al hilo de sus palabras, en ocasión del adiós que le pronuncie, quiero comprender en qué consiste esa huella que resulta ser *"la forma misma de la experiencia y del deseo irrenunciable"*.

Alrededor del deseo de dejar huella encuentro una hermandad de caminantes que en algún grado arbitrario se les puede atribuir una característica común: la voluntad de creación, podría denominarla o quizá utilizando un término de Harold Bloom *la ansiedad de la influencia*, o *la voluntad de poder* si atendiésemos a Nietzsche o, utili-

¹ cfr. J. Derrida. *Caque fois unique, la fin du Monde*. Galilée, 2003. Este libro recoge quince escritos sobre la muerte y el duelo, especialmente las despedidas que el propio Derrida hizo a sus amigos que murieron antes que él: Levinas, Blanchot, etc.

² Me estoy refiriendo y lo haré con frecuencia en estas páginas a una serie de entrevistas que se publicaron con el título original de *Sur la Parole*. Éditions de l'aube, 2001 y que se han traducido al español con el título de *¡Palabra! Instantáneas Filosóficas* en la editorial Trotta. Madrid. 2001. Ya que he declarado mi incapacidad de realizar un estudio académico serio sobre la obra toda o en parte de Derrida, voy a utilizar sus propias reflexiones como ocasión para plasmar determinadas impresiones que su trabajo, o quizá sencillamente su persona, me suscita. Tengo la impresión que este proceder no disgustaría del todo al propio Derrida, y a aquellos de los aún vivos que les parezca una impostura pueden dejar de leer en este punto.

zando un poema de Philip Larkin, y quizá sea la mejor forma de transmitir esta singular autoexigencia, *el registro de cargas*³.

En *Sur la Parole*, al hilo de las preguntas que los diversos entrevistadores le plantean, Derrida repasa con más o menos apuro su vida, su obra y sobre todo la actitud con la que desde su vida aborda su obra. Hay tres contestaciones que quiero utilizar para, escapando de una análisis académico, iniciar una reflexión sobre la creación, en el homenaje, en el único del que me siento capaz, por el que reconozco que Derrida nos sobrevivirá, que debe mostrarle fundamentalmente como un creador. Si, como creo⁴, la preocupación filosófica fundamental de Derrida ha sido la filosofía misma y sobre todo cómo hacer filosofía que no entronque con la tradición metafísica que con tanta fuerza él mismo, siguiendo la línea inacabada de Nietzsche o de Heidegger, ha *deconstruido*; un repaso a sus propias expresiones sobre su trabajo y sus urgencias, debe mostrar que la condición de creador que encuentro en Derrida se une indisolublemente a su actividad filosófica. De lo cual obtengo la tesis que encubiertamente, en este adiós que ya difícilmente puede consolar a la ansiedad de la influencia, quiero exponer de que el trabajo fundamental de un filósofo, como el del creador en general, es pretender dar cuenta de una experiencia, de una reflexión, de una vivencia, es decir, de un saber que no puede abordarse desde los códigos convencionales de representación con los que habitualmente hacemos circular el sentido en nuestros contextos sociales y en los que inscribimos nuestra firma que nos identificará en esos contextos. El creador quiere transmitir un sentido, una comprensión adquirida en un proceso de vivencia o de reflexión que todo lenguaje o todo signo altera, tergiversa, modifica o encubre. A la postre, el filósofo coincide con el poeta vigoroso, con el místico, con el autobiógrafo, con el escritor de diarios o testimonios, a la postre la filosofía consiste, como diría Wittgenstein, en *compilar recuerdos con una finalidad determinada*⁵. Pero hay una notable variedad en los modos de esta pretensión y en las actitudes de quienes la quieren llevar a cabo. El afán creador de Derrida es singular.

La diferencia (*la différance*, quizá) entre la tradición a la que critica y su trabajo literario es tal vez lo que coloca con claridad a Derrida en la posmodernidad, a saber, que su creación o invención de conceptos la ofrece sabiendo que ellos mismos no dejarán de ser deconstruidos por el *porvenir* que ha de sucederle. La creación derridiana es, como las instalaciones del arte posmoderno, efímera, abierta y su *huella*, que con tanto esfuerzo y deseo ha querido *inscribir* ante la muerte, será borrada por los deseos de aquellos que el futuro contiene y que harán que la historia fluya entre las constantes recreaciones y transfiguraciones de las narrativas que conformaron el

³ La última parte del poema de Larkin dice lo siguiente:

Y una vez que has recorrido la extensión de tu mente, lo que gobiernas es tan claro como un registro de cargas;
no debes pensar que alguna otra cosa existe.
¿Y cuál es el beneficio? Sólo que, con el tiempo, identificamos a medias las ciegas marcas que todas nuestras acciones llevan, podemos hacerlas remontar a su origen.
Pero confesar en aquel descolorido atardecer en que nuestra muerte empieza, lo que era, difícilmente satisfaga, porque se aplicó sólo a un hombre una vez, y, a ese hombre, agonizante

⁴ Así opina también R. Rorty en *Deconstrucción y Circunvección*, en *Essays on Heidegger and others*. Cambridge University Press, 1991. Rorty lo expresa de la siguiente manera: "Si ha habido alguna vez un escritor cuyo tema fuese la filosofía, éste es Derrida"

⁵ L. Wittgenstein. *Investigaciones filosóficas* § 127

mundo de los hombres. Y su urgencia en este proceso creador es conocer que lo que realmente le gustaría transmitir, la huella que ha querido imprimir firme y profundamente, es inefable. No hay lenguaje capaz de transmitir su ansia creadora porque el lenguaje mismo ha de desvirtuar lo importante de lo vivido, lo que desearía ofrecer a un otro. Porque otra característica del creador posmoderno es la ineludible presencia de un otro.

Ante la, para él, siempre constancia de la muerte y ante la pregunta que Catherine Paoletti de France Culture⁶ le formula sobre qué considera urgente en el tiempo que reste, Derrida contesta:

"Me gustaría, en el tiempo que me queda -quede mucho o poco (me dice usted que vamos a hablar del porvenir y no de la muerte, para mí es lo mismo, no porque me hago mayor, sino que siempre me ha pasado lo mismo, puesto que el porvenir es la posibilidad de la muerte)-, pensar y escribir cosas que todavía no he podido pensar o escribir. Más específicamente, me gustaría escribir con unas formas o unas experiencias de la lengua, de la frase o de la puesta en el texto con las que sueño desde hace tiempo y que nunca he podido poner a prueba ya sea por desfallecimiento o impotencia personal, ya porque, al ceder demasiado a otras urgencias precisamente, he retrasado el momento de encerrarme con ese experimento de escritura..."

...pensar y escribir, hacer que, por medio del pensamiento y de la escritura, lleve algo que hasta ahora se ha anunciado quizás pero jamás se mostrado como tal."

Como vemos, más que los posibles propósitos filosóficos o literarios, más que introducirse en una secuencia histórica de pensadores, porque haya diferido de ellos en un proceso de deconstrucción, lo que Derrida desea inventar es una posibilidad nueva, un género en donde no pueda haber continuidad, en donde lo juzgado y quien lo juzgue quede maniatado, porque lo que expresa es una singularidad irrepetible, es una experiencia privada donada a un otro.

Por eso Derrida es un pensador posmoderno, porque renuncia a la posibilidad de poner un punto final a la historia prefiriendo hacerla avanzar.

De entre las clases de creadores, de entre -imagino- las infinitas clases de creadores, quiero destacar dos tipos. Uno, es el creador moderno que espera que tras sí sólo quede desierto y ante él haya un vacío profundo. Su creación emerge de la nada y resultará insuperable. Esta es la característica principal de la Modernidad.

El creador moderno desdeña la historia y considera que su figura pone el punto final que él ha aniquilado en su proceso creador. El moderno niega la influencia y cree haber inventado un lenguaje que ninguna generación posterior podrá desdeñar.

La modernidad existe en la forma de un deseo por borrar cualquier cosa que viniera antes, en la esperanza de alcanzar al final un punto que podría denominarse el presente verdadero, un punto de origen que marca una nueva salida. Rimbaud afirmará que el no tiene antecedente alguno en la historia de Francia. Descartes, inicio de la Modernidad, falsamente afirma romper con la tradición que la ha transmitido una enseñanza sin fundamento. Harold Blood acuña el término de poeta vigoroso para caracterizar la Modernidad.

"Porque el poeta moderno, en la alegría de su doloroso vigor, está siempre en el borde más lejano del solipsismo, habiendo emergido justo de él. Su difícil balance, desde Wordsworth a Stevens, es mantener una estancia justo allí, donde por su propia presencia dice: 'Lo que veo y oigo no vienen sino de mí mismo' y sin embargo también: 'Yo no tengo sino que soy y como soy soy'. Lo

⁶ cfr. A Corazón abierto, 1998 en ¡Palabra! Instantáneas Filosóficas, cito por la versión española, pág.43

primero, es quizá el reto escogido de un solipsismo manifiesto que puede llevarse a un equivalente de 'Yo no conozco tiempo en el que yo no era como ahora'. Sin embargo, lo segundo es la modificación que le lleva a la poesía en vez de a la idiotez: 'No hay objetos fuera de mí porque yo examino sus vidas, que son una con la mía propia, y así 'Yo soy el que soy', que es como decir: 'Yo también estaré presente en donde y cuando yo elija estar presente'."⁷

El poeta vigoroso, como el solipsista de Wittgenstein, se cree en el deber incluso de apropiarse del desprecio o de la influencia de los otros que tomaron una actitud semejante y de romper la historia con su historia. Lo singular es que precisamente aquellos que perciben la corrección del solipsista, para vencer la idiotez al que les podría llevar, conciben la importancia de su vida, entre el temor al olvido y el miedo a que no sean ellos quienes elijan estar presente. El moderno equivale al grito nietzscheano de ¡sobre todo, no me confundáis con otros!

La importancia de saberse ser quien se es produce el deseo de inmortalidad, de permanencia, por pensar que quien ha encontrado el sentido de la vida debe mostrarlo, debe enseñarlo y esto ha de influir incluso en el futuro imposible.

Borges es la clase de poeta vigoroso del primer grupo.

*Pido a mis dioses o a la suma del tiempo
que mis días merezcan el olvido,
que mi nombre sea Nadie como el de Ulises,
pero que algún verso perdure
en la noche propicia a la memoria
o en las mañanas de los hombres.*

J.L.Borges

Esta característica del moderno se encuentra en toda la tradición metafísica que desde el pensamiento cristiano creen haber encontrado el fundamento último, la verdad central que sus antecesores equivocaron. Singularmente será Nietzsche el primero que proponiéndoselo se da cuenta de la imposibilidad del proyecto de ser moderno. Y no es extraño encontrar en los grandes pensadores, que le siguen y le interpretan, un punto de inflexión en sus vidas y en su filosofía. Hablamos de un primer y segundo Heidegger, de un primer y un segundo Wittgenstein y también, creo, podríamos hablar de un primer y un segundo Derrida. Todos los pensadores que han querido acabar con el sueño de la filosofía, de encontrar un lenguaje lógicamente ideal o el verdadero lenguaje en donde habita el ser o también aquellos que combatieron el logocentrismo mediante procesos de deconstrucción se encontraron, en su lucidez posmoderna, en una empresa imposible que les lanza a la poesía, al aforismo o a la autobiografía.

En su segunda intempestiva Nietzsche arremete contra la historia y señala que Historia y Modernidad son diametralmente opuestas. Su eterno retorno es el modo de alcanzar un ámbito meta-histórico en el que el ritmo de la existencia propia coincide con ese eterno retorno. Por eso es un destino. También el solipsista wittgensteiniano descubre que *la vida coincide con su vida*. Sin embargo Nietzsche, como de repente, tímidamente, se da cuenta que la vida humana es una constante regresión que tiene que ver con la experiencia de la temporalidad de la mutabilidad humana, histórica, pero en el sentido profundo que implica la necesidad de la experiencia de cualquier

⁷ Harold Bloom. The Anxiety of Influence. Oxford University Press, Oxford, 1973. pág. 22-23.

presente como una experiencia que pasa. También Wittgenstein⁸, tal vez no de repente,⁹ comprende que el solipsismo queda enfrentado con una realidad que niega. Sartre⁹ sitúa ese descubrimiento en la mirada de un prójimo que nos objetiviza y nos convierte en asunto, cosa o trasfondo de una experiencia ajena. La paradoja del moderno consiste en comprender su imposibilidad. La característica del posmoderno es precisamente asumir esta imposibilidad.

En filosofía este acto se realiza muy pronto, como suele ser el caso, en la inmensa figura de D. Hume, pero como también suele suceder, su clarividencia queda oculta largo tiempo. Desde que Hume comprende que los logros del ser humano en el ámbito del conocimiento se deben a la imaginación, la posmodernidad arranca. Pero el escepticismo responsable del pensamiento de Hume hace que nuevos intentos de modernidad emerjan en la tradición filosófica. En verdad, el problema histórico es que Hume no encontró un buen lector, quizá su mejor lector haya sido G. Deleuze, pero en su tiempo la posmodernidad humeana ya había sido redescubierta por la figuras de Heidegger y de Wittgenstein.

Que sea Nietzsche la puerta a la posmodernidad se debe naturalmente a que encontró un excelente lector de su trabajo en Heidegger y que éste, traicionando miserablemente a su maestro Husserl, ha tenido otros excelentes lectores en toda la tradición fenomenológica y hermenéutica, particularmente Derrida o Gadamer.

El caso de Wittgenstein es también significativo, inmerso en la tradición filosófica y empeñado en dar solución al problema metafísico de ofrecer una descripción única y definitiva del sentido de la vida y del mundo, cree que su *Tractatus* soluciona todo lo solucionable y del resto sólo cabe silencio. Precisamente será el problema del solipsismo, resultado que se tornará posteriormente inadmisibles, quien le devuelva a la filosofía y en esa segunda etapa, el sueño de la filosofía tal y como lo imaginara Platón ya no es posible. El silencio sigue siendo silencio, pero en el silencio no cabe la vida humana.

Heidegger enarbola como bandera filosófica el desmantelamiento de la metafísica occidental, reivindica una vuelta originaria al Ser, pero este giro entra en una espiral que le conduce a la poesía. Pues aun el desprecio por la metafísica le concedería alguna importancia, así sólo cabe dejarla a su suerte. Al final de *Ser y Tiempo*, Heidegger acepta la imposibilidad de su esfuerzo:

"Aún predomina una cierta consideración por la metafísica incluso en la intención de superarla. Por tanto, nuestra tarea es abstenernos de toda superación, y dejar a la metafísica librada a sí misma"

En este contexto, conocido el escarmiento que tanto Nietzsche, Heidegger o Wittgenstein han recibido de la lucidez de su propio pensamiento, en el contexto histórico que apunta ¡por fin! a la pérdida de la tradición platónica que indagaba sin resultado esencias y condiciones de posibilidad, aparece la figura creadora de Derrida, al abrigo del estructuralismo quien había decidido utilizar la quiebra de la metafísica occidental para reclamar lo que ésta durante tantos siglos había sepultado. Derrida quiere participar de este movimiento de liberación dando una vuelta más a la tuerca de la crítica que iniciada en Nietzsche, Heidegger o Wittgenstein no había terminado de aflojar, en este caso, el entramado ontoteológico de la filosofía occidental. Hablamos del Derrida de la *différance*, de la deconstrucción, del que sin método ni escuela pre-

⁸ cfr. L. Wittgenstein, *Notebooks (1914-16)* anotación del 5/10/16 y *Tractatus Logico-Philosophicus* 5.64

⁹ J.P. Sartre. *El Ser y la Nada*. parte III, cap I, secc. II titulada "El escollo del solipsismo" pp. 252-261 de la edición castellana en Alianza Editorial, Madrid, 1984

tende no sólo derribar el logocentrismo que han caracterizado a nuestras sociedades, sino liberar a lo que ha quedado reprimido por esta tradición en una reflexión profunda sobre las paradojas de la inscripción, del texto y de la escritura. También él comprende pronto que el propósito no podrá alcanzar generalidad, transcendentalidad si se quiere un término más filosófico, y pronto se abandona a un proyecto creador cuyo eje difuso y turbio parece consistir en querer dar cuenta de su propia singularidad y de encontrar el medio con el que hacerlo.

En este cambio, la originalidad de su planteamiento ha creado escuela, quizá a su pesar, y toda la influencia que Derrida ha ejercido en el pensamiento anglosajón ha conformado un primer Derrida como, por ahora, el último gran filósofo. En esta línea hay que situar las interpretaciones que hace J. Culler, Ch. Norris, Paul de Man o Rodolphe Gasché¹⁰.

Hay también autores americanos, fundamentalmente R. Rorty o Geoffrey Hartman, que comprendiendo mejor la evolución de la filosofía continental, hacen una interpretación de la obra de Derrida más como un creador que ha inventado una nueva forma de escribir que como un filósofo que descubre verdades.

Como quiera que sea, dejando a sus críticos, el propio Derrida admite esa inflexión en su obra tan característica de los grandes pensadores del siglo XX. De nuevo en *Sur la Parole*, y ésta es la segunda respuesta que quería citar, se confiesa Derrida admitiendo que en su obra hay un desplazamiento progresivo y significativo hacia la autobiografía:

Es verdad que, al repetirme, al desplazarme -porque lo que me interesa es el desplazamiento en la repetición-, no he dejado de acercarme a una escritura de la que con frecuencia se dice que es cada vez más autobiográfica. Aunque los primeros textos que publiqué no estaban en primera persona y eran conformes, con ciertas distancias, a unos modelos más bien académicos, ya en el transcurso de los dos últimos decenios, de un modo a la vez ficticio y no ficticio, los textos en primera persona se han multiplicado: memoraciones, confesiones, reflexiones sobre la posibilidad o la imposibilidad de la confesión...Estoy convencido de que, en cierto modo, cualquier texto es autobiográfico y esa "tesis" se vuelve a encontrar dentro de esos escritos así llamados autobiográficos.¹¹

Efectivamente parece que el mismo Derrida es consciente de un cambio en el curso de su pensamiento. Aunque hay un fondo de unión en ese interés de avanzar en la repetición que conecta con lo que más adelante declara sobre su "sueño":

¿Sabe? Si hay un sueño que jamás que me ha abandonado, haya escrito lo que haya escrito, es el escribir algo que tenga la forma de un diario. En el fondo, mi deseo de escribir es el de una crónica exhaustiva. ¿Qué es lo que me pasa por la cabeza? ¿Cómo escribir lo suficientemente deprisa como para que todo lo que se me pasa por la cabeza quede guardado? He llegado a retomar

¹⁰ Las obras relevantes podrían ser, sin ser exhaustivo: J. Culler. *On deconstruction*. Cornell University Press, Ithaca, 1982. Christopher Norris. *Philosophy as ot just a "kind of writing": Derrida and the claim of Reason en Redrawing the lines*. R.W. Dasenbrock (ed.) Univ. of Minnesota Press, Minneapolis, 1989 o también de Norris. *Derrida*. Harvard University Press. Cambridge, 1987. Rodolphe Gasché. *The tain of the mirror*. Harvard University Press. Cambridge, 1986. Las relaciones de de Man y Derrida son estrechas y profundas valen su *Blindness and Insight*. Univ. of Minnesota Press, Minneapolis, 1983 o *The Resistance to theory* Univ. of Minnesota Press, Minneapolis, 1986.

¹¹ op. cit. pág. 14

algunas libretas, algunos diarios, pero los abandonaba cada vez; finalmente he renunciado, y ahora ya no llevo ningún diario. Pero es el disgusto de mi vida, porque lo que me hubiese gustado escribir es eso: un diario "total".¹²

Derrida parece no haber encontrado el modo, el género, la palabra para transmitir, para confesar, para confesarse. Tal vez, sabe que aquello que hay que decir, ese diario "total", el sentido pleno, la visión *sub specie aeterni* es inefable. En este punto hay cierta coincidencia con el poeta vigoroso, con la mística, con Heidegger o Wittgenstein. Pero Derrida corre tras ellos, en un proceso de repetición, busca el género, de ahí la dispersión de sus escritos, de sus ejercicios de escritura, de sus compromisos diversos. La literatura no es el tono adecuado, le falta compromiso. La literatura se edifica sobre el principio de "decirlo todo", y aunque se alcanza con ella a comprender la estructura de ficción de todo discurso, particularmente los discursos performativos que producen derecho y normas, hay un riesgo de irresponsabilidad, de la peor desposesión y de la peor traición. *La Carte Postale* es un ejercicio constante y continuado de ¿literatura? en donde sobre el fondo también constante de esta reflexión Derrida intenta evitar que la huella, que su inscripción, que su firma quede atrapada en la red del lenguaje, en las miradas de un *ellos* que puedan leerle. *La Carte Postale* es un ejercicio de no-literatura, es un intento desesperado y, a la vez, imposible a sabiendas, de que la desposesión que produce el lenguaje, el mercado, el lector no altere la relación con un tú, es decir la posibilidad de hablar. De ahí la tendencia inevitable, aunque pudiera iniciarse casualmente, hacia la filosofía. La filosofía le ha permitido mostrar cómo lo que se constituye, lo que emerge o acontece se hace desde sus márgenes, desde el desconocimiento y la negación o la marginación de lo que no pasa, de lo que no es. Ese mundo de ficción puede formularse desde la literatura, pero traiciona entonces el acto liberador, comprometido, la declaración de amor, lo que debe ser. Ética y estética se confunden y eso resulta inaceptable para un compromiso político que Derrida tiene con la humanidad de la que forma parte. Este rasgo permanece siempre con un principio irrenunciable que pone límites y decanta sus decisiones. Al final la filosofía, porque levanta acta de que toda oportunidad de hablar es también una amenaza, pero dejándolo claro, no nos conduce al silencio del místico, del solipsista, de Heidegger o Wittgenstein.

Si hay filosofía, en todo caso como deseo de lucidez y de verdad, ésta consiste en levantar acta de esta tragedia, de esta necesidad, que es una amenaza pero también una oportunidad, porque se trata de la oportunidad de hablar. Si yo quisiera escapar de este riesgo a cualquier precio, ya no diría nada, ni siquiera me dirigiría al otro; por consiguiente, el riesgo de perversión, de corrupción, de deriva, es al mismo tiempo la única oportunidad de dirigirme al otro. Y, por lo tanto, si la oportunidad es una amenaza (asocio constantemente la oportunidad con una amenaza), lo que aquí se denomina filosofía consiste por lo menos en decirlo, en formalizarlo y en asumir nuestras responsabilidades en cada momento, teniendo en cuenta este doble postulado.¹³

El esfuerzo de Derrida es volver una y otra vez a aceptar la oportunidad de dirigirse a un otro contra la imposibilidad que el texto impone. Mantener viva la oportunidad de un diálogo es la responsabilidad de su posibilidad. Una y otra vez, *-el desplazamiento en la repetición-* todo esfuerzo se le despose, se pervierte y se corrompe, sólo quedan huellas, trazos que se pierden, pero comprender este proceso de inscrip-

¹² ibid. pág. 19

¹³ ibid. pág.24-25

ción, y en qué momento se vuelve literaria es la única alternativa al silencio y a la muerte.

En *La Carte Postale* Derrida pone todos los recursos de la significación, de la representación, obtenidos en una investigación desde la filosofía, al servicio de su urgencia, de su afán creador, de su necesidad de confesión, a sabiendas, sin duda, de su imposibilidad.

*"Quisiera no dirigirme derecho, directamente, sin correo, sino a ti, pero no lo logro y eso es lo más hondo de la desgracia. Una tragedia, amor mío, de la destinación. Todo se torna una vez más tarjeta postal, legible para el otro, aunque no entienda nada. Y si no entiende nada, seguro en el momento de lo contrario, puede sucederte, a ti también, puedes no entender nada, y entonces a mí también, y entonces no llegar, quiero decir, a tu lugar de destino. Quisiera llegar, llegar hasta ti, mi único destino, y corro corro y caigo todo el tiempo, de zancada en zancada, porque habrá existido, tan pronto, mucho antes que nosotros."*¹⁴



Grabado de Matthew Paris del siglo XII que Derrida convierte en un leitmotiv en *La Carte Postale*

Lo que desea hacer llegar no es tanto la verdad encontrada o el sentido develado, sino más bien la experiencia sincera o la vivencia única e irrepetible que se ha de perder con la muerte, el mundo entero entonces. Es lo que escapa a las redes de la significación, del envío. "Te escribo cartas de viajante de comercio esperando que oigas la risa y el canto -los únicos (¿los únicos qué?) que no se envían, ni las lágrimas. Sólo me interesa en el fondo lo que no se expide, no se despacha de ninguna manera"¹⁵ le dice a ese destinatario metafórico confiado en que todo lo enviado se quemará en su momento, pues lo que fue relevante en la comunicación quedo al margen, desposeído por la lengua, por el tráfico, por la exposición a un lector. Teme que alguien controle la correspondencia o escuche las conversaciones telefónicas, aún con cierta constancia de que no entendería el fino juego

¹⁴ J. Derrida. *La Carte Postale*, cito por la versión española de Siglo XXI, México, 2001² pág. 30.

¹⁵ *ibid.* pág. 23

alegórico que se transmite. Incapaz también de recibir el juego de interpretaciones del haz y del envés de la tarjeta de ese Sócrates que escribe sentado delante de un pequeño y feo Platón que lucha por alcanzar con su mirada la escritura, pero que a la vez parece dictar o amenazar o arrascar o algo peor (o más placentero) al Sócrates sentado tranquilo y hermoso.

Y, con todo, página a página, ha construido una obra monumental, ha indagado en todas las formas de significación y de relación, se ha comprometido en todos los frentes, y ahora sólo cabe un adiós. Derrida es el creador posmoderno que comprendió alguna vez que no hay base firme en donde fijar el conocimiento o la convivencia entre los hombres y que sólo cabe un diálogo frágil que hay que renovar cada día. La creación no es más que una mano tendida al diálogo, diálogo con una tradición que ha determinado las imágenes, las metáforas, las palabras a emplear y con un futuro abierto en donde aquellas imágenes, metáforas y palabras pueden transfigurarse y reescribirse constantemente. A la vez desea que el registro de ciegas marcas que le han hecho único quede ordenado a su muerte y que sea un hito, una referencia con la que el futuro tenga o, sencillamente, quiera dialogar.

Ese tipo de creador recuerda a Paul Celan. Éste en su poética expresada en "El Meridiano", -texto sin desperdicio-, viene a expresar que la tarea fundamental del poeta es ofrecer lecturas.

"La atención que el poema intenta dedicar a todo lo que viene a su encuentro, su agudo sentido para el detalle, para el perfil, para la estructura, para el color, pero también para «las convulsiones» y las «insinuaciones», esto no es, creo, ninguna conquista del ojo rival (o aval) de aparatos cada día más perfectos, es más bien una concentración que recuerda siempre todas nuestras fechas.

(...)

El poema se convierte -¡bajo qué condiciones!- en poema de quien -todavía- percibe, que está atento a lo que aparece, que pregunta y habla a lo que aparece. Se hace diálogo; a menudo es un diálogo desesperado.

Sólo en el espacio de este diálogo se constituye lo interpelado, se concentra alrededor del yo que interpela y denomina. A esa presencia, lo interpelado, que gracias a la denominación ha devenido un Tú, trae su alteridad, aún en el aquí y ahora del poema -el poema mismo siempre tiene sólo ese presente único, singular, puntual-, aún en esa inmediatez y cercanía lo interpelado deja expresarse también lo que a él, al otro, le es más propio: su tiempo."¹⁶

Celan comprende inmediatamente la transformación que la intención experimenta cuando usamos el lenguaje, la perversión de la que nos habla Derrida, pero lo afronta como la enriquecedora transformación que habrá de ocurrir en la memoria, cuando el tiempo se muestra en el reflejo de lo que el lector o el poeta atiende. El poema es *el secreto del encuentro*, lo que no se muestra, ni se puede despachar, lo que no se envía. Es el canto o la risa o la lágrima.

Continúa Celan en su discurso de la siguiente manera:

Cuando hablamos así con las cosas estamos siempre preguntando también por su de dónde y su hacia dónde: en una pregunta «que queda abierta», «que no llega nunca a su fin», que apunta hacia un espacio abierto, vacío y libre; estamos muy afuera, lejos.

El poema busca, creo, también ese lugar.

¹⁶ P. Celan. El Meridiano. Discurso con motivo de la concesión del Premio Georg Büchner, 1960. Cito por la edición en castellano de sus Obras Completas. Trotta, Madrid, 1999

¿El poema?

¿El poema con sus imágenes y sus tropos?

Señoras y señores, ¿de qué hablo propiamente cuando hablo desde esta dirección, en esta dirección, con estas palabras del poema, -no, del poema?

¡Hablo del poema que no existe!

¡El poema absoluto no existe, no puede existir!

Pero existe, con cada poema verdadero, existe con el poema menos exigente, esa cuestión insoslayable, esa pretensión inaudita.

Celan, a diferencia del poeta vigoroso moderno que no puede escapar a la idiotez o al solipsismo, no tiene más afán de -como Derrida, como el segundo Derrida- de leer, de reunir en los modos de lectura y de escritura *los recuerdos con un propósito determinado*. Pero, para quien crea que esto es sencillo o trivial, o para quien considere que mi lectura de Derrida no penetra en la profundidad de su pensamiento, que lo simplifico y lo desvirtúo, valga la afirmación de Gadamer, precisamente en un artículo sobre Celan, de que "saber leer correctamente es difícil. Exige haber adquirido la compenetración adecuada."¹⁷ Afirmación que recuerda al prólogo de *La Carte Postale*

"En nombre del aprecio que todavía le tengo, tomo entonces las debidas precauciones ante la impaciencia del mal lector: llamo o acuso así al amedrentado lector, al que le urge determinarse, el que está decidido a decidirse (para anular, es decir, atraer hacia sí, se pretende de esa manera saber de antemano a qué atenerse, se pretende atenerse a lo sucedido, se pretende atenerse). Ahora bien, es malo, no conozco otra definición de lo malo, es malo predestinar su lectura, siempre es malo presagiar. Es malo, lector, no gustar de volver sobre sus pasos."¹⁸

Derrida gusta volver sobre sus pasos, -*el desplazamiento en la repetición*- es un excelente lector de Nietzsche y de Heidegger y de tantos otros, además nos ha proporcionado herramientas de análisis y de comprensión, de lectura al fin y al cabo, que podemos utilizar para pensar de otro modo, para reescribir el pasado en la esperanza de convertirnos hitos de un porvenir. Eso, el "diario total", la experiencia exclusiva, la unicidad, que ahora en el momento del adiós comprendemos y cuya pérdida lamentamos, es también el sueño derridiano del creador que ha sido. Para el porvenir será una referencia obligada y no tanto porque haya descubierto verdades, tampoco porque haya mostrado la imposibilidad del descubrimiento, sino, sobre todo, porque será un placer leerle y releerle. Será un hito del porvenir porque algo de su esfuerzo ha permitido ampliar nuestro presente. Y releendo las lecturas que de Derrida hiciera Rorty:

"Para resumir: sostengo que Derrida, en Envois, ha escrito un libro de una especie que, con anterioridad, nadie nunca había pensado. Ha hecho con la historia de la filosofía lo que Proust hizo con la historia de su propia vida: hizo que se enfrentasen entre sí todas las figuras de autoridad, y todas las descripciones que podría haberse imaginado que esas figuras hicieron de él, con el resultado de que la noción misma de "autoridad" pierde aplicación en relación con su obra. Alcanzó la autonomía en la misma forma en que la alcanzó

¹⁷ cfr. H.G. Gadamer. *¿Acceso fenomenológico y semántico a Celan?* aparecido en castellano en Archipiélago 37, 1999, pág. 38

¹⁸ op. cit. pág. 14

*Proust: ni En busca del tiempo perdido ni Envois encajan en ninguno de los esquemas conceptuales utilizados hasta entonces para valorar las novelas o los tratados filosóficos. Evitó la nostalgia heideggeriana de la misma manera en que Proust evitó la nostalgia sentimental: recontextualizando incesantemente todo lo que la memoria actualiza. Tanto él como Proust han ampliado los límites de la posibilidad."*¹⁹

Tal vez tengamos que quitarle, ya tan pronto, la razón cuando afirmara que esa urgencia de escribir *unas formas o unas experiencias de la lengua, de la frase o de la puesta en el texto*, que creía anunciadas, pero nunca conseguidas, no es tal urgencia pues hacía tiempo que nos lo había legado sin él saberlo. Quizá sea ya el momento de ponerles un nombre, de pervertirlas porque podamos referirnos a ellas y de incluirlas en la tradición de la que nadie escapa, porque, bien mirada, es comunidad y memoria.

¹⁹ R. Rorty. *Contingencia, Ironía y Solidaridad*, cap. 6 *De la teoría ironista a las alusiones privadas: Derrida*, cito de la traducción en Paidós, Barcelona, 1991. pág.156